



1-17
(1-18)
envés
(1-19)
envés

1-17 MADRID Y BILBAO.

(REFLEXIONES DE UN BILBAINO EN LA CORTE).
Siempre los paralelos son odiosos, pero instructivos. Sirva esto de exordio.

Nada más frecuente en nuestro Bilbao que oír, á la par de jactanciosos himnos á nuestro bienestar material, elegias á nuestro atraso científico y artístico. No niego yo la justicia de unos y otras; pero como todo es relativo, creo hay que rebajar algo á las elegias, y acaso un poquito á los cantos apologeticos.

Si se parangona la cultura científica y artistica de Bilbao con la de Madrid, no sale perdiendo en la comparacion nuestra villa; en esa habrá poco gusto, pero el de aquí es muy malo en general, y vale más llevar los bolsillos vacíos que llenos de pesetas falsas.

Frecuento aquí la biblioteca del Ateneo, como ahí frecuentaba la de la Bilbaina; y si en Bilbao somos pocos, y los mismos siempre, los asiduos á la lectura de "libros," aquí, dado el número de socios, son tan pocos ó ménos y tambien siempre los mismos; y téngase en cuenta que en Madrid son más los desocupados y la gente de carrera literaria.

Dicen que se estudia poco en Bilbao, pase; pero aquí no se estudia más, aunque mucho lo disculpe este cielo tan distinto de nuestras nubes.

La diferencia es otra. Ahí abundan los que leen, estudian, aprenden y se guardan lo aprendido, yo conozco muchos de ellos, mientras que aquí les cosquillea en la cabeza de tal modo lo adquirido, que no hallan reposo hasta echarlo fuera á la primera ocasion, en forma de discurso ó de debate.

Conozco en esa quien estudia para saber, bicho tan raro aquí como un oso blanco en la Guinea. Sobre todo sostengo que ahí al dirigirse á un público no se puede contar como aquí se cuenta con que el sentido estético, más ó ménos puro, domine al discursivo y al común.

En la Bilbaina leen libros pocos, hojean periódicos más, echan la siesta algunos, conversan muchos y juegan otros; en este bendito Ateneo leen pocos, discurren más y discuten casi todos. Teniendo en cuenta cuánto es Madrid y cuánto Bilbao, que la Bilbaina es una sociedad de recreo y el Ateneo de Madrid artistica y literaria, ni por el número de lectores ni por el caudal de lectura disponible va mucha diferencia.

Se ha atendido ahí con sumo cuidado al confort y se ha puesto exquisito hasta en los más secretos aunque indispensables retiros, y aquí todo se vuelve salones de conversacion y pasillos de paseo. Tiene esto un hermoso parainfo para discursos y debates.

Y á propósito de debates. Entre los pendientes ahora en este Ateneo es uno si la forma poética está ó no destinada á desaparecer, cuestion análoga á aquella otra que una especie de astrónomos promueven de tiempo en tiempo, á saber: si el sol está ó no destinado á apagarse. Los pocos que se alarman, les preguntan:—Y digan VV., ¿cuándo será eso?—De aquí á miles de siglos, les contestan. Si es así, digo yo, sigo calentándome en él y durmiendo tranquilo; el que venga detrás que arree.

No es malo discutir y perorar, yo padezco de esa enfermedad; pero digo todo esto para que no nos vengán moliendo los oídos con la eterna cantinela de nuestro atraso literario.

Aquí forman los literatos una sociedad de elogios mutuos y abunda el talento de uno de nuestros oradores, que jamás lleva un duro en una pieza, sino en perros ciegos que abultan y retintinen más, quiero decir, que en cada discurso larga la mitad de lo que sabe y en todos lo último que ha aprendido. Reina y gobierna aquí la Retórica,

como señora absoluta, pero en decadencia.

Apénas pasa día sin que aquí, allí ó más allá, dos ilustres oradores no dirijan su palabra á un "ilustrado concurso", avalancha que no resistiríamos nosotros, y esto prueba nuestro buen gusto.

La cultura madrileña se encierra en los periódicos y en los teatros por horas. Huelgan comentarios.

No soy tan cándido que crea que hay orador, artista ó literato que se dirija al público con el único y purísimo fin de instruirle ó embelesarle, pero sé que hay quienes buscan un renombre que á las veces para nada sirve, y quienes van tras de tajada más jugosa. Aquí se discurre para medrar; el haber hablado, bien ó mal, es un mérito, y esto trae el que, creado un nombre y una posición, política casi siempre, nuestros hombres de talento se duermen sobre sus laureles. Nuestros oradores acaban amanerándose y repitiendo del mismo modo las mismas cosas, por falta de estudio.

Aquí hay mucha afición al teatro, y ahí poca; esto, me dirán, arguye nuestro atraso; yo creo todo lo contrario: esto prueba la repugnancia de un gusto virgen á platos aderezados con especias y mejurjes para un paladar estragado. Es pedir peras al olmo pedir que á los bilbainos nos entusiasmen las chulerías.

Confieso que en todo este paralelo he recargado algo las tintas para acentuar el efecto, pero no en todo veo ventajas en la constitucion de nuestra villa.

Con ser Madrid un inmenso colmenar donde pululan políticos, escritores, solicitadores, solicitados y mil gentes de mil cataduras diversas, pueblo sin unidad de fin ni de impulso, y con ser nuestro Bilbao un pueblo cuya máquina robusta mueve un mismo motor y dirige una misma via, esto monton de casas agrupadas á la sombra de los ministerios y oficinas públicas como los pollos bajo las alas de la gallina, y eso un organismo nutrido con savia de hierro, ahí falta sociedad, y aquí casi sobra.

Los bilbainos no sabemos ni amarnos ni separarnos, y nuestro individualismo, feando en mil cosas, en otras mil resulta antisociable y foroz. El bilbaino es mixto de timidez privada y energía pública; ahí los individuos se relacionan más que las familias, las visitas nos "revientan", los jóvenes de un sexo temen ó respetan en demasía á los del otro, eso es un convento de comerciantes; y cualquiera diria, visto el recelo con que acogemos al prójimo, que tememos un engaño. Nuestra constitucion es demasiado atomística; jamás nos unimos duraderamente para un objeto cualquiera, y no faltan rechiflas á quien lo emprenda sólo.

A pesar de todo, prefiero mi pueblo á este amasijo de pueblos; nuestro hermoso y fértil campo sin roturar; á estos páramos exhaustos y causados que imploran largos años de barbecho; el rápido despertar de Bilbao, á este eterno crepúsculo poniente de Madrid.

MIGUEL DE UNAMUNO.
Madrid 15 de marzo de 1888.

